

**MANUEL
MEJIA
VALERA***

ADIVINANZAS

I

Mancha pura, pedruzco adolescente que brilla en una estrella, busca refugio en la triste fortaleza de la gracia y juega al escondite con el tiempo. Calosfrío que provoca el sonrojo del sol, célibe de razón, martiriza el lenguaje en distorsionadas ramas de aire calcinado.

Fatiga un territorio familiar de dioses y, en sus rondas mortecinas de plegaria, a toda lumbre inicia el castigo de luz entre los hombres. Verdinegro sótano, movedizo ojo de niebla mirándose en el oscuro espejo de los girasoles, rucigrama de pulpo del ensueño: desorden único en una brizna de pedrería que se extingue fugaz.

Espacio irreductible en movimiento, sólo unos cuantos perturbaban su lastimado instante. Unos cuantos a quienes inclementes estrujan los ojos en blanco, cegados por la pétrea congoja de la nieve.

Azoro que apacigua, tiniebla que deslumbra, desnudo que cobija, soledoso recinto, historia desandada, tiempo cercado que mide la envidiosa soledad escondida en un tinajo. Visión que pone boca abajo los universos a su paso y, fuera de quicio, arroja al sueño un barco por la comba de sus velas. Ebrio vino que apresura la libertina redención del hombre. (*nišəod vɪ*)

II

Un socavón alberga tu esfumado rostro, tus vedados gestos, tu barba legendaria. Desempolvada niebla de recuerdos, limpio sabor de un fuego extinto, errante naufragio cenagoso. Muda identidad, violenta súplica, agua desnuda que cruje en la madera hasta el hastío. Ruido de cadenas con reflejos de oro; fuegos fatuos que crepitan en la noche, proliferan y envejecen. ¿De verdad sufres en la tamizada luz de una casa abandonada?

Martirio especioso de los niños, tus flacas manos estrujan doncelleces, tus cuencas de penumbra entorpecen los pasos trashumantes, y pasma a los profesionales del misterio tu estatura de añoso junco inhabitado. Implacable ronda de la muerte. (*məd uə mɪnuɪ*)

III

Desordené el universo. Nací de un ser embriagado en su mueca de hastío, aletargado en salmos que horadaban la verde tiniebla. Abolí la estéril cosecha a la sombra de un manzano y con sólo una astilla de polvo. Mudos vegetales y reptiles rumorosos contemplaron la castidad del acto que nos multiplicó en la lejanía. De no haber sido así, hubiera naufragado el navío en que navega Dios.

Ignoro si declinó el amanecer o permanece creando la enloquecida efusión de los colores, pues fui piedra de toque de nuestras ansias desterradas tan lejos del principio.

Mostrando gracioso gesto, beso rostros que quisiera ver quema-

dos en la hoguera y propicio las nupcias entre los bravos vientos del azoro y los tratos inoportunos del amor.

Alegre, blanda y halagüeña, con inusitada ganancia canjeo lo falso por lo verdadero para destruir indemnes almas en su orfandad de aturdidas mariposas. Conozco el sentido, el sinsentido y su santo y seña radioso.

Mis pasos desvelados se pierden en el laberinto del pensamiento, pero el aroma de la rosa de los vientos es un elogio a mi persona hasta el fin de la palabra. Soy tan vanidosa que mi memoria, hija de mi memoria, afirma que la historia del mundo es el jardín errante que sólo florece errante entre mis brazos. (*La mujer vɪ*)

IV

Vestido de presunción, jamás abandona su engañosa, novelera, doblada, impuntual, tediosa función chocarrera de calendario-ojo de hormiga enarenada.

Marca el paso con las manos que enjugan su redondo perfil inmemorial de día que danza y no se mueve. Sus miradas astilladas balbucean traslúcidas palabras que anhelan ser eternas: un-dos, un-dos. ¿Qué entiende quien lo escucha?

Alguna vez se auxilió de pájaros insomnes que, temerosos del arduo anticipo o del retraso, asistían a las horas sin alas, al luto de arena de hojas incendiadas que sollozaban en un árbol.

Desierto que vive en una gota de rocío; falible esfera asediada por sí misma; cuchillo circular de doble filo que apenas circuncida un día, si pensara haría su agosto con los vestigios de la ronda del sol.

Perecedero como un fortín de nieve, jamás podrá cercar el universo, Oh pobre, fosforescente, diminuta oveja negra encanecida por el tiempo. ¿Qué cosa, qué cosa es? (*loleɪ ɪʃ*)

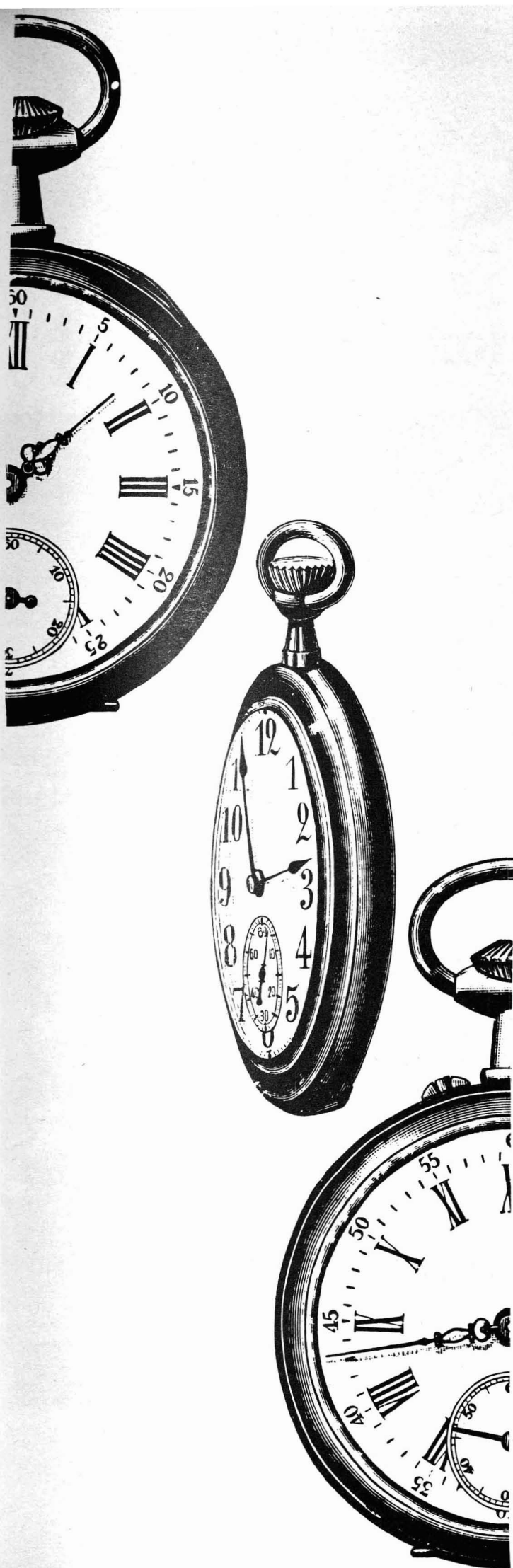
V

Proclive soy a una ley perversa. No la dictaminaron congresos, plebiscitos y ni siquiera proviene de la lucha de clases. Imantado por mi propio peso me derrumbo hasta los fósiles estamentos de la tierra. ¿Alguien me libertará de este determinismo que me agobia?

No soy ambicioso pues apenas hallé un reducto en la superficie del mundo. Tuve nostalgia de curvados planetas y del trapecio en su vacío vaivén. Según sé, el hombre y la mujer oscilan sin caer cuando juegan, como yo, a la falsa locura sobre el precipicio de la realidad geométrica. Sin embargo, son menos libres que el bumerang y su viaje sin memoria.

De todos los vivientes, envidia al salmón y a su azaroso regreso. La resaca del mar exalta mis fugaces abismos, pero sobre todo emulo el simulacro de la ascendente espiral de Onán que raída en el fondo me acompaña. No tengo tiempo para nada. ¿Acabará mi ademán de ráfaga que apenas dura un parpadeo?

* Escritor peruano residente en México, egresado de la Universidad de San Marcos de Lima e investigador en El Colegio de México. Es autor de *La evasión* (México, 1954), *Lienzos de sueño* (México, 1959), *Un cuarto de conversión* (México, 1964), *Fuentes para la historia de la filosofía en el Perú* (Lima, 1965), *En otras palabras* (México, 1974) y *Antología de José María Eguren* (México, 1975).



Transeúnte perpetuo, me rechazan los quantas y los cuásares. Ingrávidos, inconsecuentes, infernales, me asedian los oscurecidos sinfines del eterno andar. Sin embargo, nos une el odio a la gravitación universal. (*Plano inclinado*)

VI

Solícita con unos y con otros muy diligente, redonda o en cuatro esquinas conformada, sobre mí se derrama el murmullo del amor o se deslizan las ideas cojas de la lisonja y del agravio.

Alguna vez las reglas del azar, compuestas y fabricadas, resbalan por mi cuerpo en una disparatada simetría. Veo los rostros mustios de los atormentados por la ciega fortuna y los de aquellos que sonríen cuando la suerte se muestra harto oficiosa. Tampoco olvido el pertinaz y rebelde golpeteo de un alma advenediza, escapada del manso mandamiento de Dios.

Por lo demás, con prisa y buena maña me limita el diablo de la metamorfosis: poseo el terrenal lujo de los pies, aunque no me pueda mover. Cuando sobre mi dorso rueda el vino me sonrojo, pero no de pudor. Hijos de un alegre despilfarro son los manjares que sobrellevo sin poderlos comer. Todo viene del tronco de mi ser. (*vesui vi*)

VII

Como tentación de nítida forma sin contornos, redondez apetitosa erguida ante el augural pecado, maduré en un paraíso que mi aroma rebasaba. Pero más consustanciada con el mal y sus insomnes enredos que con las mareas apagadas de las bienaventuranzas, aprisioné al hombre en la circular vileza. No atisé el abismo en la abrumadora creciente de la carne.

Vedado sabor de ceniza que diluye todas las apostasías en el abierto umbral del tiempo, dormito en la mortaja de la muerte. El áspid y el gusano corroen la pulpa de mi entraña estéril. Habito una cárcel de sombra en la garganta nudosa de los hombres.

(*La manzana original*)

VIII

Cóncavo azul coagulado, nada vale mi astucia taciturna pues soy odiado por el hombre, aunque amo codiciosamente sus sangüinolentos ojos. Sobrellevo la vida como una letal condena. Sumergido en la somnolencia del fuego incorruptible de la luna, propago la embozada negrura que, fétida, reptan en las cenizas mustias de la muerte. Vieja sombra encguecida por los silencios del sol, me alimento de la sangre y su aullido supremo. Conspicuo en las tinieblas, con plácidas gasas edifico el móvil estamento de una cueva.

Con mi nombre los niños deletrean las vocales: dulce oscuridad de sus primeros poemas. (*El murciélago*)